

España en Frankfurt

Andrés Amorós *

LA presencia española en la última Feria del Libro de Frankfurt posee un cierto interés. A ello se une otro motivo: comprobar cómo, una vez más, la política se mezcla con los temas culturales hasta oscurecer su auténtica realidad. Una vez que se desatan estos «demonios», parece que lo único que importa es atacar o defender al Gobierno del PSOE...

Trataré de exponer cómo fue, a mi modo de ver, esa realidad, sin empeñarme en atacar o defender a ninguna de las partes en conflicto.

Empecemos por la Feria: cerca de trescientos mil libros de todas las materias, en todas las lenguas. Si no me equivoco, la Feria del Libro más importante del mundo. Unase a eso el espectáculo de miles de trabajadores del negocio editorial, de todos los países, arrastrando su cansancio por unos larguísimos pasillos, en busca de una cerveza, un perrito caliente, unos servicios o, simplemente, un taburete donde depositarse unos minutos...

No piense el lector en las amables avenidas del Retiro, con su agradable temperatura y sus tradicionales lluvias. Nada de eso: aquí estamos en un gigantesco recinto ferial, alemán por más señas, donde los libros pueden suceder, por ejemplo, a la maquinaria agrícola.

A la vez, Frankfurt significa una ventana para observar por dónde van a ir, en el futuro inmediato, las tendencias predominantes de la edición.

* Catedrático de Filología Española. Universidad Complutense. Madrid.

Se trata de una Feria para profesionales: en ella no se compran y venden libros sino derechos. Junto a los escritores, los protagonistas son los grandes editores y los agentes literarios.

A pesar del teléfono y del fax, los contactos personales siguen funcionando, dentro y fuera del recinto ferial, y determinan que algunos títulos salgan lanzados de Frankfurt, todos los años, para el éxito mundial. (Algunos, incluso, no escritos todavía: así sucedió, por ejemplo, este año con la próxima novela de Stephen King).

Monografías

DESDE hace algunos años, los organizadores de la feria decidieron dedicar cada vez su «tema central» a un país. Eso supone que, además de los habituales «stands» de las editoriales comerciales, ese país puede organizar una exposición monográfica, más cultural que comercial, en el pabellón central (Kongresshalle) de la Feria.

¿Hasta qué punto tiene eso trascendencia? Muchos feriantes ni siquiera tienen tiempo de acudir allí, agobiados por sus entrevistas de negocios. En cambio, la publicidad oficial que genera la feria y los miles de periodistas internacionales destacados en ella prestarán atención preferente al país elegido.

El primero de ellos fue Italia. Los italianos aprovecharon el tirón personal de Umberto Eco y el éxito de *El nombre de la rosa* para presentar los decorados de la película, construidos en Cinecittà: fue algo muy criticado, pero que atrajo a muchísimos visitantes.

Al año siguiente, Francia eligió la baza de unos gigantescos «libros», como si fueran cuadros, con el inconveniente básico de que el visitante no los podía manejar por sí mismo.

El año pasado, los japoneses presentaron un pabellón decorado con exquisitez, pero lo único que atrajo de verdad a los visitantes fueron las «maquinitas»: la TV de alta definición y la Fujitsu y un microprocesador de bolsillo de la Sony que permite llevar en el bolsillo, en una cassette como las normales de música, y consultar en cualquier sitio, toda la información de la Enciclopedia Británica.

1991: España

LA «hora española» en Frankfurt 1991 se preparó con más de un año. La presencia española consistió en conciertos, repre-

sentacionesteatrales, exposiciones de arte y coloquios con escritores españoles. Todo eso tuvo lugar en tres ámbitos: la feria, la ciudad de Frankfurt y otras ciudades alemanas. Se encargó de organizar todo una Comisión en la que estaban representados todos los sectores de la edición española, encabezados por el Ministerio de Cultura.

El núcleo de toda esta actividad, en el pabellón central de la feria, ha sido una gran exposición bibliográfica, «Letras de España».

Para el montaje de esa exposición se convocó un concurso restringido entre los especialistas españoles más prestigiosos en ese campo. La citada Comisión eligió el proyecto de Alfredo Arribas, un arquitecto catalán que ahora está obteniendo gran fama con sus trabajos en Japón y Alemania, entre otros sitios. Suele colaborar con Javier Mariscal y ha contribuido a la renovación del diseño en Barcelona con obras tan notables como las Torres de Avila, uno de los lugares de moda, en este momento, en la capital catalana.

A mí me encargó esa Comisión el contenido de la exposición: su «argumento» y la selección de los veintidós mil volúmenes que la han formado; si no me equivoco, la muestra bibliográfica más amplia, con mucho, que hemos llevado nunca fuera de nuestras fronteras.

Hemos pretendido mostrar una visión muy amplia de la cultura hispánica, en la actualidad y en la historia, a través de su producción editorial.

La exposición «Letras de España» tenía unos límites muy claros que es preciso entender para apreciarla:

—no incluía la literatura hispanoamericana pues no era ése el encargo de la feria (el año próximo, por ejemplo, el «tema central» será México: el criterio es por naciones, no por lenguas).

—por eso mismo, sí se incluían las literaturas escritas en las cuatro lenguas españolas: castellano, catalán, gallego y vasco.

—era una exposición de libros *vivos*, no históricos: que se pueden comprar en las librerías y cuyos derechos se pueden también adquirir. Para eso, el instrumento básico —dentro de todas sus limitaciones— ha sido el *I.S.B.N.* español y su soporte informático CD-Rom.

Presentaba la exposición una visión de España, en todas sus épocas, como una pluralidad, una suma de culturas: desde la convivencia de cristianos, moros y judíos, en la Edad Media, hasta la rica pluralidad, hoy, de cuatro lenguas y cuatro literaturas. (A esto último obedecía una pequeña exposición informativa, en la entrada del pabellón para el gran público, realizada por cada una de las autonomías correspondientes).

La parte histórica se centraba en los grandes mitos literarios que ha ofrecido España al mundo: el romancero, la mística, la picaresca, Don Quijote, Don Juan, la novela realista, el esperpento...

A partir de las vanguardias, el criterio de selección se hacía mucho más amplio, para incluir a casi todos los autores de una mínima importancia, sin excluir a ninguno por su tendencia ideológica o estética.

Al llegar a lo actual, la literatura española, en su pluralidad de tendencias, podía verse como expresión de la realidad y los sueños de un pueblo que, en un ambiente de normalidad democrática, se siente plenamente integrado en Europa.

Un libro discutible

¿QUE aspectos de la exposición suscitaron polémicas? 1) La estética del pabellón. 2) La forma de presentar los libros escritos en lengua no castellana. 3) La nómina de autores que intervinieron en los coloquios. 4) Un libro, publicado por el Ministerio de Cultura, presentando a los lectores alemanes algunos autores españoles.

Empezaré por este último punto, que desencadenó una polémica —a mi modo de ver, perfectamente evitable, si se hubieran hecho las cosas bien.

Es discutible que el Ministerio de Cultura deba publicar un libro seleccionando a algunos escritores. Si decide hacerlo, creo que debía haber encargado tan espinosa selección a críticos de reconocidísimo prestigio (por ejemplo, académicos de la Española o catedráticos de Universidad) y publicar sus nombres, para que «cada palo aguantara su vela». Por razones que ignoro, no se hicieron las cosas con esa transparencia. Y todo se complicó más porque a los «seleccionadores» se les olvidó nada menos que todo el mundo del teatro.

Evidentemente, ni estoy de acuerdo con esto ni tengo nada que ver en ello. Pero tampoco es justo ver en este error una exclusión política de un autor dramático concreto, porque fueron todos los excluidos.

Por otro lado, conviene aclarar bien las cosas: fueron excluidos de ese librito, que casi nadie ha visto. En cambio sí estuvieron presentes por supuesto las obras *de todos ellos* en la Exposición y en su catálogo, como se puede fácilmente demostrar. Por equivocación o intencionadamente, algunos confundieron las dos cosas.

La selección de libros de la Exposición no recibió —que yo sepa— más que algunas críticas procedentes de algún sector catalán. La razón es muy clara: pretendían exponer sus libros *separados* de los de las otras lenguas peninsulares, algo que no pretendieron los gallegos, los vascos ni, obviamente, los «castellanos». La instrucción que dio la Comisión fue muy clara: no se distinguían los libros y autores por lenguas sino por épocas y géneros; en la poesía de la segunda mitad del siglo XIX, por ejemplo, junto a Bécquer estaban los poetas catalanes y gallegos.

El pabellón

EL arquitecto Alfred Arribas ideó un montaje «posmoderno», espectacular y polémico. Para algunos, no tenía nada que ver con España. Para otros, insistía demasiado en aspectos tópicos. En su intención, se trataba de jugar con ironía con algunos elementos tópicos (sol, arena) y mantener un cierto «color local», dentro de una evidente modernidad.

El acierto o no de esta solución está abierta a toda clase de discusiones. Lo que sí es cierto es que llamó la atención de modo extraordinario a los alemanes y que consiguió (otro objetivo) «enmascarar» un pabellón de una fealdad tan notable que ya está previsto derruir próximamente.

Para algunos, todo se centró en la famosa arena y su presunta relación con una plaza de toros. No pensaba Arribas en eso, sino en una alusión a las plazas de cualquier ciudad española. Por otro lado, en un montaje voluntariamente «teatral», espectacular, tapar el suelo con una «arena» de color no es, hoy, nada nuevo: los españoles lo hemos podido ver, por ejemplo, en los montajes de Lluís Pasqual del *Eduardo II* y *El público*.

Algún periodista —español, por supuesto— rizó el rizo denunciando el viento huracanado y las nubes de arena que levantaba. Muchos visitantes me preguntaban, atónitos, por ello, al comprobar que, en un pabellón cerrado, de ninguna manera hay viento, ni huracanado ni suave, sino que la sensación es, más bien, de calor y un cierto agobio.

Conclusión

DEJEMOS ya las anécdotas pintorescas y volvamos a lo importante. Hay cosas que se han hecho mal, sin duda, como han sido sesgadas algunas informaciones, pero el conjunto a mí me parece positivo, por una razón evidente: el pabellón español estuvo siempre lleno, más que ningún año lo había estado, y los actos culturales organizados allí, siempre abarrotados; en todos tuve yo que sentarme en el suelo, por falta de asiento.

No es eso mérito ni demérito de los que en esta exposición hemos trabajado, pero sí una realidad innegable. De hecho, nos hemos beneficiado de la curiosidad indudable que existe hoy, en el mundo entero, por nuestra cultura.

Hablaba hace años Guillermo de la Torre de la «difícil universalidad» de la literatura española. Entre otras cosas, porque no hemos sabido «venderla» adecuadamente. En ese sentido, creo que la Feria de Frankfurt, este año, ha supuesto un excelente escaparate para nuestros escritores, nuestra industria editorial y nuestra cultura.